

Versión para teatro de

---

# El maestro de escuela

De: Fernando González  
Dramaturgia: Iván Zapata R.  
2004

---

## ACTO ÚNICO

*(A lado y lado del escenario se encuentran Manjarrés y Josefa envueltos en una especie de atmósfera etérea, con cierta inmaterialidad de sutil fluidez. Parados, con la mirada perdida, llevan puestos varios vestidos, los cuales se quitarán uno a uno, hasta quedar completamente desnudos.)*

*(Lenta y parsimoniosamente entra el Sepulturero con una pala y cargando unos enormes sacos, los cuales vacía en el centro del escenario ordenando dos arrumes: uno con libros viejos y hojas de papel arrugadas y otro con delantales y muñecos de trapo, suficientes como para tapar a Manjarrés y Josefa respectivamente, acción que se desarrollará progresivamente durante toda la obra.)*

MANJARRÉS

**(A Josefa, señalando el Sepulturero)**

Mirá Josefa, no ha cambiado nada desde mi último entierro. ¿Será que me recuerda?

JOSEFA

Un buen enterrador nunca olvida. Esconde, tapa, pero no olvida.

MANJARRÉS

Hey amigo, ¿me recuerda?

SEPULTURERO

.....

MANJARRÉS

Lo entiendo, somos tantos y tan parecidos. Pero mi funeral fue algo especial, ¿lo recuerda?

SEPULTURERO

.....

MANJARRÉS

**(Quitándose el primer vestido)**

Primero de marzo de 1936, éramos diez, a saber: tres sacerdotes, seis acompañantes y yo, en el cajón. Los sacerdotes eran el cura Ocampo, hombre barrigón y airado, metódico, un nuevo gordo, pues las piernas y brazos eran delgados, y la barriga grande y floja. Es que los gordos “per se” tienen gordas todas las partes: hay armonía. Mientras que estos falsos gordos son ilógicos.



JOSEFA

***(Quitándose el primer vestido)***

No debería haber distingos: un sapo debe ser bien sapo y un ladrón, bien ladrón; la verdadera belleza consiste en la exactitud.

MANJARRÉS

***(Ignorando a Josefa)***

Yo iba muy preocupado con esto: veía que el padre Ocampo no se encontraba bien en la gordura. Dentro del cajón, murmuraba, obsesionado: “nació para flaco”. ***(Silencio)*** Al rato, colocaron el ataúd sobre dos taburetes y empezaron a rezar y a echarme agua bendita y yo seguía pensando en la gordura. ¿Por qué pensaba en cosas tan raras en el momento de mi entierro? ***(Al sepulturero)*** ¿Usted en qué piensa cuando nos echa tierra, ah?

SEPULTURERO

.....

MANJARRÉS

El coadjutor era joven y barroso; unos 26 años. De él no pensé nada, sino que lo aborrecí porque estaba más concentrado en los pocos automóviles, que pasaban por la carretera. ***(Pausa)*** El otro “padre” era un tímido y de los tímidos mejor no hablo.

JOSEFA

No hablás porque te da miedo, al fin y al cabo, son como vos.

MANJARRÉS

***(Ignorando a Josefa)***

De todas maneras, los tres curas me causaron admiración. Sobre todo, sus pies, eran muy grandes; resaltaban los seis grandes pies metidos en zapatos rudos, moviéndose por debajo de las sotanas. ***(Pausa)*** Eran las nueve de la mañana: lloviznaba, y el barro pegado hacía más deformes los zapatos.

JOSEFA

***(Ríe a carcajadas, intempestivamente se queda seria)***

Debían parecer sapos lentos, carentes de elegancia.

MANJARRÉS

***(Ignorando a Josefa. Al Sepulturero)***

¿Se acuerda de los otros que me acompañaban?

SEPULTURERO

.....

MANJARRÉS

González, el vecino de Otraparte, el roba libretas, llevaba el ataúd por la parte correspondiente a la cabeza. Juan Chaverra el mayordomo de “los alemanes”, iba adelante con la parte de los pies. De suerte que yo iba por la carretera, caminando por el aire, de frente, con los pies hacia el pueblo. **(Pausa)** “Los pies adelante”, “Voy con los pies adelante” sonaba dentro de mí. **(Pausa)** Es que en este entierro solo pensaba en: “los zapatos, grandes zapatos” .... “gordo, nuevo gordo” ... “camino por el aire, con los pies para adelante” ...

JOSEFA

**(Al Sepulturero)**

Igualitico me pasa a mi, en los entierros, cuando me llevan, siempre me poseen odios, frases e imágenes involuntarias.

MANJARRÉS

**(Ignorando a Josefa)**

El paje Valerio, iba muy contento porque llevaba las dos coronas de flores... **(pausa)**  
¿Qué hace usted con las flores?

SEPULTURERO

.....

MANJARRÉS

Valerio se metió las dos coronas por la cabeza, sobre los hombros, una a la derecha y otra a la izquierda; parecía un extraño pájaro con alas florecidas y circulares...

JOSEFA

**(Interrumpiendo)**

Apuesto que una de las coronas te la envió la viejita caritativa encargada por la Sociedad de San Vicente de ir a llevar el vale y de cerciorarse de que si estuvieras bien enfermo.

MANJARRÉS

¡No me interrumpás Josefa! No hay nada más triste que un hombre opinado por la mujer. **(Al Sepulturero)** Detrás de Valerio iba la hija del usurero Vásquez, señorita delgada, menuda, flaca, olor acre de axila, pechos magros y fastidiosos, tembleques bajo la blusa, movía los labios como si rezara. **(La recuerda e imita. Pausa)** Ella hace “obras de caridad” para salvar al papá.

JOSEFA

O sea, ¿que Vásquez se va a robar todo y la hija lo va a llevar al cielo? Ah, ¡Putá! ¿Porqué la gente es bondadosa cuando ya uno está hediendo en esa prisión del ataúd? **(Silencio. Al Sepulturero, esnifando)** ¿Usted a qué huele?

SEPULTURERO

.....

MANJARRÉS

Los otros que iban eran dos peones azadoneros que llevaban los taburetes para colocar el ataúd durante las posas. **(Pausa)** Fue un entierro de tercera clase, los curas cantaron poco y con desgano. Cuando bajaron el ataúd con lazos, sentí las primeras paladas de tierra que sonaron fastidiosamente, era un eco sordo: tun..., tun..., tun... Y pensé: “Suenan feo el cadáver de un grande hombre incomprendido”.

JOSEFA

Deberías haber hecho como Tocayo, mi hermano, lo metieron en un hoyo junto al quicio de la puerta, por exigencia suya, dizque para que todos lo pisaran.

MANJARRÉS

**(Ignorando a Josefa. Al Sepulturero)**

Nací para gordo. Pero soy un enflaquecido, tengo flacura natural de maestro de escuela.

JOSEFA

Esa flacura no es una condición natural, sino un padecimiento.

**(Saca del bolsillo interior izquierdo de su saco, un gastado cepillo de dientes, con las cerdas de para arriba).**

Esta es la condecoración de todo maestro de escuela.

**(Saca tizas de su vestido)**

Estas son la única abundancia en la casa de un maestro.

MANJARRÉS

¿Por qué no me comprendés Josefa? Muchos somos los que nos sentimos “grandes hombres incomprendidos” todos los artistas y los que ejercen la filosofía, todos los pobres, los que padecemos y en cuanto padecemos. ¿SEREMOS ACASO DIOSES MISERABLES?

JOSEFA

**(Arrojándole el cepillo y las tizas)**

Manjarrés, sos un hombre detestable..., pero digno de compasión.

MANJARRÉS

**(Recoge las tizas y se las tira a Josefa)**

No me opinés más Josefa, no me o-pi-nés. La sinceridad es pa' las vírgenes. **(Al sepulturero)** ¿Puede uno haber sido enterrado y andar por la calle?

SEPULTURERO

.....

MANJARRÉS

¿Cuántas veces hemos muerto?

SEPULTURERO

.....

JOSEFA

**(Al Sepulturero)**

A Manjarrés siempre le ha gustado ir detrás de un ataúd ocupado, oliendo y analizando.

**(Sepulturero y Josefa ríen a carcajadas, intempestivamente se quedan serios)**

MANJARRÉS

He ahí la felicidad. Cuando voy detrás de un muerto me siento en “otra parte”, no peso y comprendo.

JOSEFA

**(Se empieza a quitar el segundo vestido)**

Sos un “filósofo” y un “postergado”. En el fondo gozás con tus vestidos rotos, tu sudor maloliente, tu rostro sin afeitar, tu flacura. Esos detalles miserables son la bandera de tu orgullo; la publicidad de tu sentimiento de “grande hombre incomprendido”.

MANJARRÉS

**(Se empieza a quitar el segundo vestido)**

Soy un hombre tímido en extremo, solitario por impotencia. **(Al Sepulturero)** Primero fui recadero de abogado y también abogadeé en mi primera juventud, un tío me tuvo en su bufete y allí aprendí.

JOSEFA

A ser aprendiz de triquiñuelas.

MANJARRÉS

**(Ignorando a Josefa)**

Luego estudié donde los jesuitas.

JOSEFA

Con ellos te graduaste en introspección, en creerte “condenado” y “perseguido”.

MANJARRÉS

¡Josefa dejá ese puto vicio de seguirme opinando! **(Al Sepulturero)** ¿Sabe cómo fue mi primera experiencia amorosa?

SEPULTURERO

.....

JOSEFA

¿Y eso a quién carajos le importa?

MANJARRÉS

***(Ignorando a Josefa)***

Fue con una joven mulata, fortísima, grande y virgen. Ella fue la incitadora y fracasé en el trance por culpa de los Reverendos que educan a los jóvenes de modo tal que cuando aman piensan en el remordimiento y en el infierno. Por tanto, el amor resulta una inhibición. Esa experiencia con la mulata me volvió más solitario. ***(Pausa)*** ¿Sabe lo placentero qué es masturbarse dentro de un ataúd?

SEPULTURERO

.....

MANJARRÉS

Pero una Coja me salvó. La Coja Elena, coja de la cadera derecha, alegre y vital. Esa buena mujer me volvió un poco a la realidad. Es que las mujeres cojas de la cadera son un tesoro oculto.

***(Sepulturero y Manjarrés ríen a carcajadas, intempestivamente se quedan serios)***

Como era cari serio de nacimiento y todos mis movimientos eran de asustado, o sea, bruscos con vergüenza, las mujeres no me amaban. Lo más remoto para ellas era que pudiera amarlas y perseguirlas, huían asustadas cuando les pedía algo o las miraba ansioso. Recuerdo que una decía: “Cuando Manjarrés está amoroso, se le ve el pecado mortal por encima”.

JOSEFA

¡Claro! Como para vos, la cama es un fin y no un medio. Solo te importa la mujer durante el gran ataque.

MANJARRÉS

Lo que pasa es que ustedes las hembras consideran el amor como el gran negocio de su vida, y por eso exigen que se les trate el asunto largamente. Para ustedes el juego es más importante que el fin, exigen que las enamoren, las regalen, adulen, engañen y tumben.

***(Manjarrés ríe a carcajadas intempestivamente se queda serio)***

***(Parado en un pie. Al Sepulturero)*** Una vez, cuando tenía veinte años, me obligué a besar a la dactilógrafa de mi tío, cuando ella pasó a lavar un tintero en la fuente, no nos conocíamos y lo hice, ella dejó caer el cacharro, que se volvió añicos.

JOSEFA

Esos ejercicios no los hacías por sensualidad, sino para auto dominarte para....

MANJARRÉS

***(Interrumpiéndola)***

Estos ejercicios conducen a lo que llaman hoy “acción intrépida”. Estuve una noche íntegra en un pié. Me aprendí de memoria doscientos artículos del código de Minas y dos alegatos de un abogado.

***(Extiende los brazos)*** Durante un mes me obligué a ejecutar lo que más me repugnaba: copiar a mano, sin un error, informes de gerentes de sociedades anónimas, escribir veinte mil veces frases contrarias a mis sentimientos, como estas: “X.... no robó”, “Y. es honrado”. ***(Pausa)*** Durante diez horas estuve con los brazos estirados horizontalmente.

JOSEFA

Coronaste esas prácticas con un sistema de desdoblamiento que te perdió para las artes del tintero y te arrojó a las de la tiza y el hambre.

MANJARRÉS

***(Ignorando a Josefa. Al Sepulturero)***

Siendo Maestro de Escuela, me casé con esta.

JOSEFA

¿Esta? Esta tiene nombre. ***(Al sepulturero)*** Mucho gusto, Josefa Zapata, prima de este mediocre.

MANJARRÉS

Ella me amaba porque era enfermo y en mi ejercía el oficio maternal y de mártir para el que nació.

JOSEFA

Quizá me casé contigo porque no tuve otro. Para casarse contigo no puede haber fácil razón suficiente.

***(Josefa ríe a carcajadas, intempestivamente se pone a llorar)***

Veintidós años hemos vivido así, yendo de escuela en escuela y criando hijos, que es el destino del pobre.

MANJARRÉS

He sido tenido por “conservador”, quizá por el aire, cuando principió la “revolución liberal” me clasificaron desde entonces y hasta ahora, como maestro de quinta categoría en el escalafón. Recuerdo que el secretario de educación decía: “¡Tírenle duro a ese godo hijueputa!”.

***(Saca un cuaderno del bolsillo de su saco. Al Sepulturero)*** Tengo más de cien cuadernos como estos llenos de diatribas contra Josefa y el gobierno porque ellos son los culpables de mi miseria. Escuche ***(leyendo)***: “No triunfan sino los más

audaces ignorantes. Es imposible conseguir los primeros mil pesos; hay que robarlos”

JOSEFA

Luego toda riqueza individual es un robo.

MANJARRÉS

En este país no quieren sino maestros a su modo, que sean del “partido”. No ascienden sino a los que beben aguardiente con los inspectores de educación. **(Rompiendo el cuaderno y llorando)** Por culpa de Josefa no he podido escribir mi teoría del conocimiento. **(Implorando)** Yo soy tu perro, Señor, pero cuyo perro eres tú, ¿Señor?

**(A Josefa)** Tú me opinas. No soy nadie, porque tú Josefa me opinas. No he redactado mi teoría del conocimiento por ti y por este país de ignorantes.

JOSEFA

Estás tan desquiciado como tu padre, ese tal Sabas, el talabarero alcohólico que murió en Itagüi por beber alcohol industrial.

MANJARRÉS

¡Mentiras! Mi padre era Holofernes, porque padre no es el que lo engendra sino el que lo ama a uno y Holofernes me amaba, me a-ma-ba... **(Pausa)** hasta que me dejó huérfano cuando salió corriendo como un loco a la calle ladrándole a un carro y lo destripó un bus. **(Al Sepulturero)** ¿Qué tiene de raro tener a un perro como padre si es capaz de suicidarse por amor a uno?

JOSEFA

Terminá por aceptar que tenías la culpa.

MANJARRÉS

No. Aceptar la culpa es el último grado de disolución del yo. Además, un hombre opinado por la cónyuge es como planta orinada, que se marchita. **(Al sepulturero)** Josefa tiene la culpa.

JOSEFA

¿La culpa de qué?

MANJARRÉS

De sentirte la víctima y hacerme sentir el victimario.

JOSEFA

**(Al Sepulturero)**

Hace 22 años, es decir, desde que me casé, no voy a cine ni salgo a ninguna parte. Tengo 38 años, pero esta puta pobreza me multiplica la edad por dos. Hace tiempo que tengo los ojos tristes, no admito en ellos ningún tipo de alegría, pero tampoco ninguna queja por tener de marido a este inútil, sus filosofías baratas cada vez me

están matando, él y su estado social capitalista me están asesinando, soy una víctima más del proletariado intelectual, soy un retrete que tiene la particularidad de haber parido doce hijos. Ellos heredaron mi desconsuelo, los amamanté de dolor.

MANJARRÉS

Pero nos amábamos con ese amor infierno que se tienen los que se entre matan por cierta necesidad cósmica.

JOSEFA

Vos sos de esa clase de asesinos que aman a sus víctimas y se odian a sí mismos, como instrumentos que son de la necesidad.

MANJARRÉS

El único compañero del hombre en la tierra es la necesidad. Lo demás es opinión.

JOSEFA

***(Quitándose el último vestido)***

Ningún compañero del magisterio se te acerca porque solo te sabés juntar con vos mismo, desdoblándote en tu propio nido de instintos, has creado tu sociedad en tus "yo". ***(Pausa)*** Estoy cansada de ser tu bordón, vos sos un complejo en disociación, un humano inútil para la labor progresiva y mercantil. Pasás las horas rumiando tus problemas, que si tenés "espíritu", que sí progresás, que sí sentís a Dios, que sí te odian o te aman, ¡Puro y vulgar egocentrismo!

MANJARRÉS

***(La mira a los ojos. Intenta tocarla)***

Te amo por que me culpas.

JOSEFA

¿Qué placer me has procurado? Gestar, parir, amamantar y ser insultada por vos.

***(El Sepulturero tapa completamente a Josefa con los muñecos de trapo)***

MANJARRÉS

***(Desesperado)***

No te mueras Josefa. Te prometo que voy a ser bueno. Voy a quemar todos los cuadernos en donde te insulto, voy a conversar con amor, te voy a llevar a Cine, voy a empeñar mis vestidos y a vender todos mis libros, incluso los de Espinosa.

***(Implorando)*** Yo soy tu perro, señor, pero cuyo perro eres tú, ¿Señor?

MEDICO

***(Voz en off)***

Esa señora se mantenía despalomada... totalmente perdida... Espero que usted no la haya contrariado.

MANJARRÉS

No Doctor. Mientras más mimé a Josefa, más me morí yo también. Me fui suicidando al convertirme en un hombre bueno.

MEDICO

**(Voz en off)**

La enfermedad de Josefa era rara, se consumió lentamente hasta que su piel se secó, realmente nunca supe que tenía.

La examiné diplomáticamente, haciéndola creer que se trataba de su hígado, pero tenía ausencias y se quejaba de tristezas y sustos, sus menstruaciones eran abundantes por la vecindad de la menopausia, ya nada le interesaba sino su propia melancolía. Estaba toda ella *all in*, era un caso bastante interesante de la corrupción del Yo, estos enfermos así mueren antes de expirar.... **(Silencio)** ¿Si bregó por fortalecerla?

MANJARRÉS

Si Doctor. Un hombre bueno lo es porque se siente culpable, ¡claro!

MEDICO

**(Voz en off)**

¿Con prudencia?

MANJARRÉS

Si Doctor. Quien se hace bueno ya no es egoísta, por tanto, mi yo se está descomponiendo y también estoy muriendo.

MEDICO

**(Voz en off)**

¿Y le compró el frasco de Biofostán?

MANJARRÉS

.....

MEDICO

**(Voz en off)**

¿Le compró el frasco de Biofostán?

MANJARRÉS

.....

MEDICO

**(Voz en off)**

¡Señor Manjarrés! ¿Le compró el ...?

MANJARRÉS

**(Interrumpiéndole y llorando)** Yo he matado a Josefa. **(Flagelándose)** ¿Quién podrá quitarme esta culpa tan pesada como la piedra del Peñol? Se necesitaría un ser infinito, para que lavara mi conciencia.

JOSEFA

**(Voz en off)**

Escucha, prométeme que volverás a casarte con una mujer inteligente, que te estimule, y que escribirás tu libro. Me tenés que repetir que me perdonás. No has sido lo que debías por mí.

MANJARRÉS

Emilia la planchadora fue la única persona fuera de mis hijos, que me acompañó en la agonía y muerte de Josefa.

Emilia es una vieja solterona virgen que aplancha por ahí en las casas, siempre en compañía de una perrita llamada Radiodifusora. **(Llamando)** Emilia, Emilia, vení... Contále al señor como fue la cosa.

EMILIA

**(Voz en off)**

Doña Josefa murió cristianamente, consolando a Don Manjarrés que estaba arrodillado, le decía que escribiera no sé qué y que se casara nuevamente.

Los niños estaban pegados a ella. Se fue apagando. **(Se escuchan ladridos)** Radiodifusora ladraba como si hubiera visto un fantasma.

MANJARRÉS

**(Tapándose los oídos)** Callá esa perra Emilia.

EMILIA

**(Voz en off. Los ladridos continúan)** Es por la falta de sacramentos Don Manjarrés. ¡Silencio Radiodifusora! **(Cesan los ladridos)**. Don Manjarrés tropezaba con todo, volvía y le besaba los pies. Una vez vino con un montón de cenizas y le decía que se aliviara, que ya había quemado esas locuras, que se fueran pa'l mar a Cartagena, que el inspector ya le había mejorado el sueldo. Mientras decía esto, ella se acabó, padre e hijos permanecieron toda la noche en la cama de la muerta besándola, hasta que llegaron las señoras caritativas de la gota de leche.

MANJARRÉS

La enterramos bien, en bóveda, con 50 pesos que me prestó el usurero Vásquez, el de la prendería. Empeñé el vestido de los exámenes y los libros.

EMILIA

Don Manjarrés iba todos los días a la iglesia de la Candelaria, donde la imagen del señor caído; compraba una vela, la encendía y se quedaba ojicerrado, arrodillado y con los brazos en simulacro de crucifijo; al levantarse, tocaba el muro con los nudillos de los dedos, como para que le abrieran; creo que era llamando a Doña Josefa, pues también iba a la tumba y allí tocaba impaciente.

MANJARRÉS

***(Quitándose el último vestido)***

Era un hombre acabado; mejor dicho, ya no era nadie, porque un hombre que se echa la culpa es un hombre muerto. Con la ida de Josefa se me subjetivaron los fracasos. Adquirí una sonrisa falsa y continua, esa de quien desea hacerse perdonar. Me echaron de la Escuela y puse una carbonería en Guayaquil, pero fracasé, porque vendía al fiado, cuando sentía desconfianza de alguien pensaba que yo era peor y le fiaba. **(Silencio)** Dios me está llamando, sigue llamándome y anoche vi en sueños a Josefa Zapata, muy bella y joven.

***(Implorando)*** Entra señor en mí, entra, barre y embellece.

¡Tú que llamaste a Lázaro de la podredumbre, tú que resucitaste y comiste luego pescado! Que hermoso eres, que no robaste, no opinaste, ¡no te disfrazaste! No pesas y trasciendes, ¡no te corrompes y renaces! ¡Empuja pues y derrumba! ¡Llámame con voz más urgente! Yo no puedo ir a ti, pues “venga a nos tu reino”. Yo voy a la prostitución.

Empuja, urge, incita; todos son tus símbolos que me llaman, me hacen guiños. Estoy preñado de ganas de realidad.

¡Infinita realidad, recíbeme, que todo me doy! Recibe también a Josefa Zapata, la mujer que dizque es mía y a los doce hijos, al perro y a los dos gatos. Haznos cada vez más partícipes de tu inteligencia. ¡Ábrenos!!

***(El Sepulturero termina de tapar a Manjarrés con los papeles. Largo silencio.)***

MEDICO

**(Voz en off)**

Manjarrés no murió propiamente de enfermedad, sino de relajación. Se le acabó la voluntad de vivir.

SEPULTURERO

Aquel hombre alto, peludo, no propiamente desagradable sino carente de sex appeal, tendría por ahí cuarenta años; por lo menos estaba en esa edad en que el amor hay que pagarlo. ¿Qué iba pensando en esa mañana luminosa? **(Pausa. Repite lentamente)** ¿Qué iba pensando en esa mañana luminosa?

Pensaba así: **(Desarruga uno de los papeles y lee)** “Creo haber hallado en qué consiste lo que llaman suerte en la vida social de los hombres. Lo hallé porque hace días que el trasudor del tafilete del sombrero y ciertas camisas y zapatos que me sacan en casa, me fueron adobando el juicio. Sí; indudablemente que de hoy en adelante el rey será mi gallo, y que todo poder viene de Dios, y que no escribiré más contra los gobernantes.”

**(Arruga nuevamente el papel y mira a Manjarrés)** Este hombre, en esa edad, en esa cierta edad en los cuarenta, bajo la sombra de un cedro joven del parque de Bolívar, había creído descubrir en su interior que el suertudo es como la planta sembrada en su terreno propio, es decir, que el hombre se robustece, crece y domina en la sociedad cuando ella es apropiada a su modo de ser, y viceversa: que suertudo es lo mismo que hombre actual, o bien, boca de su tiempo. **(Desarruga otro papel y lee)** Decíase: “He sido de malas; no he encontrado mi terreno en donde quede sembrado para ser útil, próspero y poderoso. He bregado, pero mis actos son como huevos de gallina beata, que no echan pollos. Desde la esperma he sido inactual. Sólo me consuela el principio fundamental de la estética, de que todo es centro del universo; que, al fin, al fin todos tenemos la misma importancia”. **(Saca un encendedor y quema el papel)**

Y ese hombre de cierta edad se encontró conmigo después de esas meditaciones salidas del trasudor del tafilete del sombrero y díjome: **(Imitando a Manjarrés)** “Voy donde el gobernador a decirle que es buen mozo, que es el as de los buenos gobernantes; ¿no viste que el presbítero Enrique Uribe ya se lo dijo? Yo no volveré a escribir contra los gobernantes. El padre Enrique tiene razón: ¡El rey es mi gallo! Y Santo Tomás tiene razón: El poder viene de Dios”.

**(Mira a Josefa)** Así es como la vida va adobando el juicio de los jóvenes. **(Con rabia)** ¡Putísima es la vida!

**(Lenta y parsimoniosamente agarra la pala y los sacos. Mira a Manjarrés)**

Requiescat in pace.

**(Sonríe y tose)**

Ahora sí estoy muerto.

**(Sale)**

***OSCURIDAD FINAL***

